Viajeros en Barcelona (II)*

I. Domingo Faustino Sarmiento

Los folletines de *El Progreso* de Santiago de Chile facilitan a sus lectores a partir del 2 de mayo de 1845 la obra cumbre de un espléndido periodista que escribe, según atinada expresión de Américo Castro, «desde el fondo esencial de su vivir». *Civilización y Barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga y aspecto físico, costumbres y hábitos de la República Argentina* es la culminación de un tenaz empeño que se había ido forjando en los artículos periodísticos de los meses anteriores, verdadera pelea de la pluma de Domingo Faustino Sarmiento contra el tirano Rosas, causa última del exilio del escritor argentino en Chile.

Facundo forma parte de esos caminos paralelos, diferentes entre sí, pero orientados hacia la misma meta, que hispanoamericanos del norte (el mexicano José María Luis Mora) o del sur (el argentino Juan Bautista Alberdi) recorren para intentar una entrega de sí mismos al sistema de los pueblos que han dado origen a la civilización, los pueblos sajones: es la tarea de deslatinización tan severamente criticada años después por José Enrique Rodó. Sarmiento escribe *Facundo* desde la convicción —Borges *dixit*— de que «nuestro patrimonio no debe reducirse a los haberes del indio, del gaucho o del español; que podemos aspirar a la plenitud de la cultura occidental, sin exclusión alguna». Con su perfil de hombre sin limitaciones locales, Sarmiento emprende, a fines de 1845, un viaje a Europa que habrá de acercarle a España y a la observación de una realidad histórica, social y cultural que enjuició con gran dureza, exceptuando el legado de Goya y Larra, aunque, como paradójicamente escribió Unamuno —otro ególatra como Sarmiento—, el escritor argentino era «más español que ninguno de los españoles, a pesar de lo mucho que habló mal de España. Pero habló mal de España, muy bien».

* *La primera entrega de la serie se publicó en* Cuadernos Hispanoamericanos, *número 544 (octubre, 1995). Quiero recordar que se evita el aparato de notas y se da una mínima bibliografía de referencia al final de la entrega.*

Toda la obra de Sarmiento es un retablo biográfico. Su escritura, eficacísima, deviene en una continuada autobiografía, en la que se historia la vida de los hombres que han gravitado sobre él y sobre su país. Y en ese escribir que es escribirse, «obedeciendo a instintos y a impulsos que vienen de adentro, y que a veces la razón misma no es parte a refrenar» —según advertencia preliminar a la primera edición de *Viajes* (Santiago de Chile, Julio Belín, 1849)—, las impresiones de los viajes acuden al género literario de las cartas, porque en este molde veía la forma más dúctil y elástica para tratar de todos los asuntos y vaciar su vigorosa personalidad: «Gústase entonces de pensar, a la par que se siente, y de pasar de un objeto a otro, siguiendo el andar abandonado de la carta, que tan bien cuadra a la natural variedad del viaje».

Este «múltiple enemigo de España» en apreciación borgiana, ardoroso combatiente contra la tradición histórica hispánica, y garante —tal es el paradójico juicio unamuniano— de sus valores intrahistóricos, llega a Madrid en el otoño de 1846 y desde allí escribe al historiador chileno José Victorino Lastarria para comunicarle el propósito de su viaje: «He venido a España con el santo propósito de levantarle el proceso verbal, para fundar una acusación, que, como fiscal reconocido ya, tengo de hacerla ante el tribunal de la opinión de América». En su papel de fiscal, la palabra de Sarmiento traza un panorama desolador y de una dureza insólita, desde su entrada por Irún hasta sus excursiones a la Mancha o Andalucía. Únicamente Barcelona le parece una ciudad civilizada y sus impresiones de la capital catalana se inician con esta terminante afirmación: «Estoy, por fin, fuera de la España».

En su carta, la atmósfera que Sarmiento traslada de España está dominada por lo rudimentario, lo inculto y lo debilitado. España no tiene estructura de Estado: «las provincias españolas son pequeñas naciones diferentes y no partes integrantes de un solo Estado». Su atraso intelectual y cultural es enorme, la orfandad de corrientes modernas en orden a las ciencias y a la política, total. Carece de comunicaciones y los transportes —las diligencias— se guían con una «tormenta de zurriagazos, pedradas, gritos y obscenidades terribles». Los tiempos pasados, reflejados en el arte, le parecen una sombra de los tiempos heroicos, y la catedral de Burgos, por ejemplo, «el alma en pena de la caballería española», mientras insiste en desmentir a Chateaubriand sobre las bellezas de la mezquita de Córdoba. En síntesis, vale su aseveración de que España «es la nación que menos puede pretender a nada suyo propio en materia de trabajos de inteligencia». La sesgada imagen de España que Sarmiento nos ofrece en su relato peninsular contrasta fuertemente con las impresiones de algunos viajeros contemporáneos como Teófilo Gautier o Alejandro Dumas que

asistieron —como Sarmiento— a las bodas reales de Isabel II con Francisco Asís de Borbón y de la infanta María Luisa con el Duque de Montpensier. El demoledor sociologismo del argentino poco tiene que ver con el tono de fascinación estética de los viajeros franceses.

La estancia de Sarmiento en Barcelona durante los días de noviembre de 1846, coincide con la de Prosper Mérimée, quien ya había leído *Facundo* e indicado su *compte-rendu* en la *Revue des Deux Mondes*. Seguramente fueron las veladas en casa del cónsul Lesseps las que les pusieron en contacto, pues tanto Mérimée como Sarmiento las recuerdan con amabilidad y cariño. Desde luego hubiese sido curioso saber de las conversaciones que entrecruzaron, dado que la óptica de sus viajes por España es bien dispar, si bien ambos constatan la realidad industrial barcelonesa, que el escritor francés observa como «una sucia ciudad que afecta aires de capital», mientras el que luego fuera presidente de la República Argentina mira como una «ciudad enteramente europea». El ademán de buscador de tipismos románticos y primitivos de Mérimée, capaz únicamente de recordar «la gente del pueblo que se recubre con harapos rojos y calza zapatos de cuerda», debió chocar con los criterios, desbordantes de sí mismos, del caudillo de la civilización, que leía positivamente lo que Mérimée no dudaba en censurar.

También los días barceloneses de noviembre de 1846 sirvieron para que Sarmiento —a través de las veladas de Lesseps— experimentara una satisfacción enorme: conocer al líder del liberalismo manchesteriano, Richard Cobden, que tras sus trabajos como apóstol del librecambismo y como agitador de la vida social y económica inglesa desde los intereses de las *middle and industrious classes* recorría España: «Amigos a las dos horas de conocernos, Cobden, que a la sazón estaba en Barcelona, tuvo los honores de un té, durante el cual debía serle yo presentado». Sarmiento le atribuye haber iniciado «una nueva era para el mundo» y en torno a su figura y su pensamiento vertebra gran parte de su carta barcelonesa.

Al margen de la evocación de Cobden o de las menciones de Lesseps y Mérimée, la pluma de Sarmiento se detiene en los catalanes que se le ofrecen en el vasto rompecabezas peninsular como «otra sangre, otra estirpe, otro idioma». En su dibujo del hombre catalán resalta sus ojos «centelleantes de actividad y de inteligencia» a la par que su perfil enjuto y nervioso. Sus quehaceres y empresas «respiran grandeza» y tal es su laboriosidad que «de un quintal de lana ellos sacan quinientas piezas de paño». El vivir en olor de humanidad y civilización y la esforzada actividad industrial y comercial de Barcelona embriagan al autor de *Facundo*, que tan sólo reprocha el medio ambiente proteccionista en que se desenvuelven estos progresos.

El aspecto europeo de la ciudad, con su Rambla, verdadero bulevar desde el que «los marineros inundan las calles como en el Havre o Bur-

deos», se patentiza en el teatro que está edificandose (el Liceo se inauguró en 1847) «que pretende ser el más bello y el más grande de la Europa y del mundo, por tanto», y en la Escuela de Artes, calificada por Sarmiento como ricamente dotada, completa en sus enseñanzas y cuidadosamente asistida. Europeísmo barcelonés que el viajero argentino, en clara alusión al desdichado bombardeo de la ciudad por Espartero en 1842, nota vigilado desde la fortificación de Montjuich «con sus cañones apuntados sobre la ciudad».

Frente a la desazón que le produjo su recorrido español de semanas atrás, con la única salvedad de Madrid —«que se embellece y se agranda»—, y ante «la falta de todo accidente que indique el menor cambio debido a los progresos de las artes y de las ciencias», este adalid de la civilización, al conocer Barcelona y respirar la actividad industrial, comercial e intelectual de la ciudad, no duda en escribir: «Aquí hay ómnibus, gas, vapor, seguros, tejidos, imprenta, humo y ruido; hay, pues, un pueblo europeo». En las constantes polaridades de sus libros —y es pertinente recordar la opinión unamuniana de que sus libros «hablan como un hombre»—, Barcelona se le revela como la única metáfora de civilización y modernidad en la España de Isabel II.

Al marchar, embarcándose para Palma de Mallorca, el viajero argentino lleva consigo muy grata memoria de la ciudad que materializa en cinco láminas de monumentos que adquiere como recuerdo. De su diario de gastos se desprende que se hospedó en la Fonda del Oriente y que asistió a una representación en el Teatro Nuevo. Datos precisos de las incidencias de viaje que Sarmiento anotó escrupulosamente.

II. Rubén Darío

Cuenta Josep Maria de Sagarra en sus *Memòries* (1954) cómo una tarde de la primavera de 1912 Joaquim Montaner le acompañó hasta *La Maison Dorée*, en la plaza de Catalunya, para presentarle a Rubén Darío, que vivía en Barcelona junto con Francisca Sánchez —compañera de su azarosa vida desde 1899 («¡Hacia la fuente de noche y de olvido, / Francisca Sánchez, acompáñame...!»)— y con el hijo de ambos y heredero universal del poeta, Guicho, sobrenombre de Rubén Darío Sánchez, «que guarde mi recuerdo / y agregue algo a mi nombre». Rubén, Francisca y Guichín residían en una torre situada en el número 16 de la calle de Ticiano en la barriada de Penitents, con una artificial abundancia que mal disimulaban los únicos y discretos ingresos que el poeta recibía del diario bonaerense *La Nación*.

La tarde a la que se refiere Sagarra, Rubén disfrutaba de la compañía del cónsul de Santo Domingo en Barcelona, Osvaldo Bazil, y mientras engullía unas lionesas de crema, miraba a su entorno con «una mena d'impudor diví», creyendo desdeñosamente que su campo de visión no era más que «una gran peixera plena de granotes». La pluma ácidamente inteligente y plásticamente expresionista del gran escritor catalán le retrata ostentando «un rostre de cacic destituït», en el que sobresalen la nariz amplia, los labios «provocadors d'angúnies perquè mantenen una repulsiva llefiscor de víscera que sofreix», la fortaleza de los pómulos, la estructura simiesca de la mandíbula, la piel «gruixuda, entre enfarinada y groguenca, maliciosament arrugada com la de les mòmies, o como la del sotabarba de les iguanes», y los ojos, cuyos reflejos y cualidades «d'ostra paradisíaca», fulminaban miradas sensibles cual si fuesen las de un «toro després de la quarta banderilla».

En esa Barcelona cosmopolita y brillante, donde los burgueses adinerados compartían el almuerzo o la cena (en *La Maison Dorée* o en *El Continental* o en *El Suís)* con sus amantes, Rubén se sentía a gusto, porque al placer parisiense de la ciudad condal se unía su fervorosa amistad con Miguel de los Santos Oliver, Santiago Rusiñol, Pompeyo Gener, Federico Rahola, Rubió i Lluch o Eugeni D'Ors. Pero las inquietudes viajeras del poeta, atizadas por el ingeniero nicaragüense Alejandro Bermúdez, le alejaron de Francisca, de Guicho, de Barcelona y de España para siempre el 24 de octubre de 1914. Se cerraba un capítulo de su vida que se había iniciado quince años antes cuando conoció en la primavera madrileña de 1899 a Francisca. Precisamente la estancia madrileña de 1899 y de los primeros meses de 1900, como corresponsal del diario *La Nación,* había principiado con su tránsito viajero por Barcelona, desde donde escribe la primera crónica de las que luego conformarán *España Contemporánea* (París, Garnier, 1901), fechada el 1 de enero de 1899. Y aunque Rubén ya había estado en Madrid como miembro de la delegación diplomática que Nicaragua envió a España con motivo de las fiestas del IV Centenario del Descubrimiento (1892) —y entonces conoció a Valera, Emilia Pardo, Menéndez Pelayo, Rubió i Lluch, Cánovas...—, bien puede decirse que su más estrecha relación con España y su literatura se abrió (1899) y se cerró (1914) en Barcelona.

«Al amanecer de un día huraño y frío, luchando el alba y la bruma, el vapor anclaba en Barcelona». Así inicia Rubén su primera crónica para *La Nación,* recogiendo sus impresiones de la Barcelona de las Navidades de 1898. Debió permanecer en la ciudad aproximadamente una semana («He de volver a Cataluña, donde no he estado sino rápidamente»), pues el 21 de diciembre el barco que le transportaba desde Buenos Aires avistó Las

Palmas, y con el año el poeta entraba en Madrid. En tan corto espacio de tiempo, Rubén trazó unas notas cuyo común denominador es un luminoso optimismo. Años después sintetizaría en su *Autobiografía* (1915) la memoria de aquellas impresiones: «Celebré la vitalidad, el trabajo, lo bullicioso y pintoresco, el orgullo de las gentes de empresa y conquista, la energía del alma catalana, tanto en el soñador que siempre es un poco práctico, como en el menestral que siempre es un poco soñador. Noté lo arraigado del regionalismo intransigente y la sorda agitación del movimiento social, que más tarde habría de estallar en rojas explosiones. Hablé de las fábricas y de las artes; de los ricos burgueses y de los intelectuales, del leonardismo de Santiago Rusiñol y de la fuerza de Angel Guimerá, de ciertos rincones montmartrescos; de las alegres ramblas y de las voluptuosas mujeres». Tanto estos recuerdos de 1915 como la crónica del 1 de enero de 1899 amalgaman tres ingredientes: un animado cuadro del tejido urbano barcelonés, una sucinta e inteligente exposición del movimiento político, haciendo hincapié en el catalanismo, y una sintonía fervorosa con los quehaceres literarios y artísticos del *modernisme,* especialmente con la *brotherhood* en torno a Rusiñol.

El hombre-río, el hombre-Niágara desatando su corriente imperial, que ora recuerda «la expresión ancestral de un ídolo azteca, ora la faz de Beethoven, pasmada en violencia sublime» —tal se le figura Darío a Miguel S. Oliver en mayo de 1912—, una hora después de desembarcar en el puerto de Barcelona, estaba «en el hervor de la Rambla», verdadera «baraja social» de la existencia ciudadana, sintiendo la alegría, el bullicio y la modernidad «quizá un tanto afrancesada» de la ciudad, porque para Rubén, como para Baudelaire —sobre todo a la luz de Walter Benjamin—, el acento principal de lo moderno es la urbe. El vate nicaragüense recorre los cafés: el café *Colón* y el café de *Els Quatre Gats,* cuyo ambiente le parece un remedo del *Chat Noir* de París y en el que ve la metáfora del estado intelectual de Barcelona, con un afrancesamiento que, si bien detona, supone «una ventana abierta a la luz universal, lo cual, sin duda alguna, vale más que encerrarse entre cuatro muros y vivir del olor de cosas viejas». La atmósfera emblemática de *Els Quatre Gats,* por la que Rubén debió transitar con su totalidad ya un poco estropeada y soñolienta, pidiendo una y otra vez «whisky con soda», aparece desde la óptica de la crónica de *España Contemporánea* como adalid del triunfo de la vida moderna y símbolo de la renovación artística y cultural del *modernisme.*

Al margen del ambiente de *Els Quatre Gats* —«abundan los tipos de artistas del Boul'Mich; jóvenes melenudos, corbatas mil ochocientos treinta, y otras corbatas»— y del empresario, Pere Romeu —«alto, delgado, tipo del Barrio Latino parisiense, y cuya negra indumentaria se enflora en

una prepotente corbata que trompetea sus agudos colores, no sé hasta que punto *pour épater le bourgois»*—, la pluma de Rubén se detiene en la figura de Rusiñol, retirado en su santuario de Sitges. En sorprendente coincidencia con Unamuno, que había publicado dos artículos elogiosos en *La Publicidad* (verano de 1898) en torno a *Oracions*, el padre de *Prosas Profanas* cree que Rusiñol es el ejemplo vivo del artista, del practicante de la religión de la Belleza y de la Verdad, juntando «la chispa divina a la nobleza humana del carácter» y ejerciendo de «traductor admirable de la naturaleza».

Rubén, con temple de artista y querencias de sociólogo, relaciona la personalidad de Rusiñol y la floración del *modernisme* con el triunfo de la vida moderna en un país, cuyos latidos de pueblo fuerte, trata de trasladar a sus lectores de *La Nación*. La atmósfera intelectual y cultural de Barcelona (tan distinta de la que le ofrecería Madrid días después) es consecuencia de la euritmia de un paisaje «de una excelencia homérica», de un pueblo «sano y robusto», de unas mujeres «de firmes pechos opulentos, de ojos magníficos, de ricas cabelleras, de flancos potentes», de unos talleres que bullen, de una burguesía activa y emprendedora, de un trabajo que ha «erizado su tierra de chimeneas», de un movimiento político y social que hubiese sido más fecundo en una Cataluña autónoma... Partes todas de un edificio que acoge el pensamiento, la cultura y el arte de la modernidad.

Rubén, fascinado, siente desde las páginas iniciales de *España Contemporánea* cómo los catalanes «permaneciendo catalanes, son universales» y expresa su deseo de volver para «sentir mejor y más largamente las palpitaciones de ese pueblo robusto».

III. Ciro Bayo

«Don Ciro Bayo era un viejo hidalgo quijotesco, un poco absurdo y arbitrario», según cuenta Pío Baroja en la *Galería de tipos de la época* que incluyó en sus *Memorias (Desde la última vuelta del camino)*. Este tipo físico y espiritual que parece recién sacado del arcón del siglo XVII era —como él mismo confesaba— «un madrileño criado en Barcelona, y, por consiguiente, un tantico aficionado a la región». Nacido ocasionalmente en Madrid en 1859, gustaba decir que era hijo natural del banquero Adolfo Bayo, cuando sus padres fueron en realidad Vicente Bayo —oriundo de la provincia de Toledo— y Ramona de Segurola, que era de la localidad guipuzcoana de Pasajes. Mientras residía en Barcelona estudió en las Escuelas Pías de Mataró y obtuvo el título de Bachiller en Artes en 1873, durante los breves días de la Primera República. Su madre, que había

enviudado, contrajo segundas nupcias con Andrés Perelló, y la familia se trasladó a Valencia, coincidiendo con la tercera guerra carlista, cuando Ciro Bayo acababa de iniciar los estudios de medicina en Barcelona, estudios que más tarde abandonaría definitivamente. Durante los meses de la guerra civil su temperamento inquieto y aventurero —«Don Ciro Bayo y Segurola es el último aventurero español de la vieja, noble cepa», escribió Ricardo Baroja en el curioso libro *Gente del 98*— le lleva a intentar el ingreso en el ejército alfonsino primero, y luego enrolarse en las tropas del general carlista Dorregaray. Años después recordaría esta fugaz aventura en el libro *Con Dorregaray. Una correría por el Maestrazgo* (1912), donde leemos la justificación de tan intrépido proceder: «Las únicas carreras que me tiraban eran las de militar o de marino, y aún de marino de guerra; pero mi señora madre, árbitra y tutora de mi persona, se oponía a ello, parte por egoísmo materno y parte por miedo a los peligros inherentes a la navegación o a la carrera de armas».

Salvado el episodio de la guerra carlista y una arriesgada fuga a La Habana en 1876, Ciro Bayo retorna a Barcelona (1880) y en su universidad inicia la carrera de Leyes que trató de completar en Madrid (1883). Pero el sino de esta peculiar personalidad estaba echado: su querencia por azares y aventuras debía encontrar el cauce de la escritura y, en concreto, de la escritura de libros de viajes. Ciro Bayo viajó en el fin de siglo, primero por Francia, Alemania e Italia, y después y largamente por Hispanoamérica (el año 89 sale de Barcelona rumbo a la Argentina). Se empezaba a forjar su personalidad de «escritor aventurero» según atinada expresión de Julio Caro Baroja.

A América fue Ciro Bayo con el propósito decimonónico de viajar y aprender, pero también con el más modesto de sobrevivir. Sus dos primeros años los pasa como maestro rural en la pampa. En su libro *Por la América desconocida* (1920) recuerda su quehacer en la escuela gauchesca: «Allí enseñaba yo a hacer palotes y silabear a los hijos de los gauchos, y éstos me enseñaban a su vez a ser jinete de la pampa y a gustar la soledad e independencia del desierto». Esta estancia quedo reflejada en varios trabajos históricos, lexicológicos y folclóricos que revelan la pasión de aventurero y el afán de conocimiento que le embargaban. Su afición por la aventura le llevó a emprender un proyecto quimérico: viajar desde el fondo de la pampa hasta la exposición universal de Chicago en 1892. El viaje se inició, pero los dineros escasearon y el proyecto de estar en el 92 en Chicago se trocó en una fascinante peregrinación por Sudamérica: Córdoba, Tucumán (donde conoció a Rodríguez Serra, futuro editor madrileño de los noventayochistas), Sucre... con excursiones a Chile y Perú. Pasaron así cerca de ocho años de vida aventurera focalizada en Bolivia y

cuyos frutos son un libro de aire pedagógico bien acaudalado de experiencias y conocimientos, *El peregrino en Indias,* y un poema en monótonas octavas reales, *La Colombiada.*

Con la experiencia americana —sintetizada por Caro Baroja en «vivir de cara a ti mismo, en la soledad»— como equipaje, Ciro Bayo se instala en Madrid en 1900. Por entonces —momento en que conoce a las *dramatis personae* del noventayocho— «Don Ciro es un magnífico compuesto de soldado, de viajero, de asceta, de bohemio, dando a esta palabra su sentido más noble», según Ricardo Baroja. Sus ocupaciones van desde las traducciones para la casa Bailly-Baillière a la concurrencia a las tertulias, pero su escasa resignación ante la vida sedentaria y su querencia viajera le llevan a emprender varios viajes por España, que se recogen en sus dos libros más apreciados, *El peregrino entretenido (viaje romancesco)* (1910) y *Lazarillo español, guía de vagos en tierras de España, por un peregrino industrioso* (1911), conformando su aportación a la literatura de conocimiento de la Península que el grupo de escritores del 98 impulsó con ademán intrahistórico.

Las pintorescas andanzas de Ciro Bayo mezclan el solaz y la curiosidad. *El peregrino entretenido* narra, en doce jornadas, el viaje de nuestro escritor en compañía de Pío y Ricardo Baroja desde Madrid a Yuste. La fantasía amenizó el viaje, y del recorrido Pío Baroja volvió con los materiales escenográficos de su novela *La dama errante,* mientras Ricardo pudo componer la viñeta dedicada a Bayo en *Gente del 98:* «el altivo y romántico contorno del hombre de los caminos, del verdadero vagabundo, de ese que se ve solo, recostado en la cuneta o atravesando lentamente un descampado».

Producto de verdadero vagabundaje, de ambulador bronceado por el sol y la ventisca, en *Lazarillo español* Ciro Bayo rehace los episodios de sus andanzas por tierras de España, desde Madrid a Barcelona pasando por La Mancha, Andalucía y Levante, a pie y sin dinero. El viaje tuvo lugar en una fecha incierta entre 1907 y 1910, y dedica la parte duodécima al itinerario «De Tarraco a Barcino», con llegada a Barcelona el 24 de septiembre tras un largo peregrinar en el que la crematística había sido alimentada exclusivamente por «una exigua renta proveniente de una casuca allá en Barcelona», según confesión inicial del propio viajero.

Aunque Barcelona apenas aparece dibujada, *Lazarillo español* contiene una visión de Cataluña curiosa y pintoresca, al ser su autor un escritor que conocía relativamente el país y sus habitantes, calificados en sus primeros pasos por los campos tarraconenses de «romanos por el carácter y griegos por el temperamento». La ruta que el viajero va a seguir desde Tarragona a Barcelona es un «delicioso camino sesgado entre los pinares y la marina». No obstante, Ciro Bayo se detiene donde le cuadra y entabla

animada charla con los circunstanciales residentes de las fondas o con el antiguo conocido que casualmente reconoce. Así tras observar el mejor panorama de Tarragona «desde el extremo de la Rambla», o recordar a Prim, Mata, Fortuny y Rosita Mauri a su paso por Reus, se detiene en Constantí, donde traba conversación con el ex secretario municipal Carrillo, amenizando su *Lazarillo* con anécdotas que van desde la curiosa y no certificada etimología de la palabra fonda («nombre catalán por excelencia; pues no estará de más saber que de la primera que se estableció en España en Barcelona, como tenía honda la entrada, vinieron a llamarse así los demás establecimientos análogos»), hasta la tendenciosa fábula del *hereu* y la *pubilla* como explicación de la historia de España, según la cual tras la hegemonía castellana de finales del XV, «la *pubilla Cataluña* entendió que era pasado el tiempo de las expediciones por su cuenta a las islas de Italia y al Oriente; vió que el Mediterráneo era vencido por el Océano y se resignó a hilar la rueca, a cambiar sus castillos por fábricas y sus bajeles por naves mercantes, dejando al *hereu* Castilla las empresas militares y el aumento del patrimonio». Lo peculiar del anecdotario revela una visión estereotipada de Cataluña lamentablemente frecuente en los cenáculos y tertulias madrileños de principios de siglo.

El último tramo del viaje lo realiza Ciro Bayo en un balandro desde Sitges a Barcelona, a la que llega en medio del estruendo festivo de la artillería —como el hidalgo de la Mancha—, y «altivo, ufano, alegre y satisfecho salté en el muelle». Antes nos ha dado sus impresiones del mar de Barcelona que, al anochecer, «se salpica de puntos luminosos, como fantástica iluminación de laguna veneciana»; del macizo montañoso del Garraf, «erizado de promontorios y hendido por calas y pequeños fondaderos»; de Sitges, «residencia veraniega de muchos comerciantes americanos de la ciudad condal»; o de «las galas artísticas que encierra el *Cau Ferrat* de Santiago Rusiñol».

En su itinerario catalán, el *Lazarillo* de Ciro Bayo nos alumbra la peculiar retina de este hidalgo traducido en pícaro o de este olvidado y errante escritor, que tan sólo consigue una amena y quizás huera imagen de Cataluña, en un libro que, por lo demás, ha perdido en la urdimbre de su amañada prosa cualquier vigencia.

IV. José Enrique Rodó

Al saludar *Ariel* desde las columnas de *El Imparcial* (23-IV-1900) con un largo artículo que pasó a ser prólogo de la obra de José Enrique Rodó en su segunda edición (1900), Leopoldo Alas «Clarín» ofrecía a sus lectores

una reflexión sobre el significado de la democracia que coincidía, en lo esencial, con el ideario de Rodó. El crítico asturiano y el de Montevideo, en su afán común de combatir el «monótono imperio de las medianías iguales», sostenían que la sociedad debía ser igualitaria, pero respetando la obra de la Naturaleza que no lo es, aunque —añadía «Clarín»— «no se crea que la desigualdad que después determinan las diferencias de méritos, de energías, supone en los privilegiados por la Naturaleza el goce de ventajas egoístas, de lucro y vanidad, no: los superiores tienen cura de almas, y superioridad debe significar sacrificio». Vista en su panorámica completa, la biografía intelectual, política y literaria de José Enrique Rodó, desde su fragua en el fin de siglo hasta su muerte el primero de mayo de 1917, se ajusta a ese paradigma del sacrificio que el propio escritor uruguayo perfiló en *Ariel* como «la vida de la heroicidad y el pensamiento».

Alimentado en la lectura de Carlyle, Rodó cree que no hay incompatibilidad entre la democracia y el *heroísmo,* y con esos anhelos trabajó a lo largo de toda su vida en la rectificación del espíritu social que asegurase al hombre mayores espacios de dignidad y de justicia. Ariel frente a Calibán, el espíritu frente al materialismo, la razón contra la sinrazón, la caridad ante el egoísmo, la inteligencia contra la brutalidad, son oposiciones que encarnan el pensamiento del ensayista uruguayo, a quien Unamuno habría de calificar en 1911 *(Soliloquios y conversaciones)* como «una de las más acendradas y más legítimas glorias del pensamiento hispanoamericano contemporáneo».

A pesar de su querido apartamiento, la personalidad de Rodó se convirtió en un poderosísimo foco de la vida política e intelectual de Montevideo y de la Hispanoamérica de principios de siglo. Fascinante escritor, quiso alumbrar la llama de la vida y de la verdad, tal y como oblicuamente lo reconocía Rubén Darío en el espléndido poema inicial de *Cantos de vida y esperanza.* Consciente de su papel de guía espiritual del mundo hispánico (faceta en la que quiso seguir los pasos de Clarín y compartir los de Unamuno), Rodó edificó una obra crítica capaz de testificar «cuánto sé de mí» en tanto que existente histórico dotado de una facultad específica que ofreció a sus contemporáneos, definiéndola él mismo en los apuntes que dejó inéditos a su muerte, pese a llevarlos consigo cuando por fin pudo acercarse a Europa, a España, a la tierra de sus antepasados, a Barcelona, en el verano de 1916. Esa facultad no es otra que la sensibilidad y la inteligencia del contemplador o lo que él llama, con ademán krausista, «la superioridad de ver».

Este Proteo, crítico amplio y sensible, dotado de una excepcional capacidad tolerante de ver y sentir, viajó a Europa en 1916 como terapéutica de la tensión y el desasosiego que la máscara alta, desgarbada y rígida de

su cuerpo no podía soportar más. Tratando de regresar a la fragua original, Rodó conforma un sueño largamente acariciado, que ya en 1905 —según reza el borrador de su correspondencia con Juan Francisco Piquet— tenía un itinerario definido: «Iré, primero, por pocos días a Madrid —a fin de ver terminada la impresión de la obra (se refiere a su *Proteo)*—, de allí pasaré a Salamanca, a ver a Unamuno, a Oviedo, a ver a Altamira y Posada; a Sevilla, a ver a Rueda; a Valencia, a ver a Blasco Ibáñez: todo de paso. Terminaré mi gira por Barcelona, sólo a fin de conocer la tierra de mis abuelos; y de allí, tras brevísima permanencia, me pondré en Italia — esto será, según cálculo, para comienzos de julio— y de Italia (dos meses de estadía) en París, donde permaneceré cuatro meses; y a Londres donde quedaré un mes, hasta marzo de 1906, en que regresaré a mi país para ver cómo están las cosas. Luego, según todas las probabilidades, regresaré a Europa para radicarme definitivamente: desde fines de 1906». El calendario, la geografía y la apuesta final no se habrían de llevar a cabo.

Motivos de Proteo (1909), esa autobiografía espiritual larga y morosamente elaborada desde 1904, informa, en su multiplicidad ensayística que tanto la acerca a la intimidad de los *Essais* de Montaigne («inventor de la intimidad», Borges, *dixit,* en el epílogo de *Historia de la noche),* de los hondos motivos que aconsejaron a Rodó a viajar, tras los sucesivos aplazamientos, como prólogo de la conquista de uno mismo, temática axial de *Motivos de Proteo,* donde leemos: «La práctica de la idea de nuestra renovación tiene un precepto máximo: el viajar. Reformarse es vivir. Viajar es reformarse». Dilatadamente proyectado (en su pragmática y en su metafísica) el viaje de Rodó a Europa tenía la finalidad que él mismo le había confesado a Unamuno en carta del 20 de marzo de 1904: «No pasará un año antes de que me vaya a oxigenar el alma con una larga estadía en esa Europa».

Todas las insinuaciones y proyectos del viaje europeo sitúan unos días del viajero en Barcelona. Del mismo modo un repaso del epistolario del gran escritor uruguayo ofrece un cúmulo de referencias sobre Cataluña y Barcelona que muestran su admiración preocupada por la ciudad que habría de conocer en 1916. En carta a Antonio Rubió y Lluch (23-II 1902) habla de «esa laboriosa y culta Barcelona». Una misiva a Piquet, viajero por España en el invierno de 1904 le dice: «Acabo de recibir su segunda carta, fechada en Madrid y en vísperas de salir usted para Barcelona. Va usted en su viaje siguiendo una escala ascendente, de la luz a la sombra, de la barbarie a la civilización». Dado que Piquet hace de Barcelona su residencia, en abril de 1904 Rodó le expresa su satisfacción por lo bien adaptado que le nota en la «semifrancesa Barcelona, atalaya de España».

En el verano de 1909, y en carta al ya «barcelonés» Piquet en la que le nombra «padrino» de su *Proteo*, le pide las señas del domicilio de Alomar, Victor Catalá, Guimerá, Ignacio Iglesias, Marquina, D'Ors y Rusiñol para remitirles el libro, tras pedirle que mueva el ambiente en favor de su *Proteo* y recordarle que ya se lo ha enviado a Ramón D. Perés, Pompeyo Gener y Joan Maragall. Por cierto que el gran poeta modernista dejó constancia del envio de *Motivos de Proteo* en carta a su amigo Carles Rahola del otoño de 1909: «Realment és una bella obra de sinceritat i claror de vida. De vegades té un brill dur, estoic; pero, en fi, és una obra i un home».

También en esa misma correspondencia veraniega de 1909 le escribe. «No pierdo la esperanza de verle pronto por aquí, aunque sea transitoriamente. Mejor sería, sin duda, que pudiese yo atravesar el charco y estrecharle la mano en nuestra común patria de origen, la brava Cataluña; —Pero, ¡ay!, por el momento es cosa imposible para mí.—» Palabras que expresan su atención y su devoción por Cataluña. Los anhelos de viajar aún tardarían algunos años en cumplirse.

Y, por fin, el viaje a Europa. El 9 de julio de 1916 le escribe a Juan Antonio Zubillaga: «Me embarco el 14 para Europa. Le supongo enterado de los antecedentes: voy como colaborador de *Caras y Caretas*». Y el 9 de agosto le comunica al doctor José María Lago: «Ayer llegué a Barcelona, después de tres días de permanencia en Madrid». Las crónicas barcelonesas del viaje aparecieron en la revista bonaerense y fueron a parar posteriormente al volumen *El camino de Paros* (Barcelona, 1918). Tanto las impresiones de Barcelona como las de su posterior itinerario y estadía en Italia son memorables.

Tres son las crónicas barcelonesas de Rodó, fechadas en agosto y septiembre de 1916. La primera trata sobre Barcelona y las dos restantes abordan lo que él titula «El Nacionalismo catalán. Un interesante problema político». Tuvo como cicerone al joven Rafael Vehils, quien andaba preparando una revista de estudios de derecho y política internacionales en compañía del institucionista catedrático de Oviedo, Rafael Altamira. El jurisconsulto barcelonés que acompañó a Rodó habría de residir en la última etapa de su vida en Montevideo y Buenos Aires, interesándose vivamente por el sentido y los modos de cooperación intelectual hispanoargentina, tal como reza una publicación suya editada en Buenos Aires en 1958, pocos meses antes de su fallecimiento.

Los rigores del verano mantienen fuera de la ciudad a los intelectuales, y Rodó, acompañado por Vehils o deambulando en solitario, observa la ciudad: «andando, andando, proveo mi cesta de observador». Ha llegado Rodó a Barcelona, procedente de Madrid y Lisboa, y al inmediato contac-

to con la ciudad ha recibido «la impresión de haber pasado una frontera internacional. Viniendo de las tierras de la opuesta parte del Ebro, notáis, a la primera ojeada, que el ambiente es otro». Rodó se sumerge en ese ambiente y callejea sin cesar. Sus impresiones atienden por igual a los ciudadanos y a la ciudad, descubriendo cómo se pronuncia su apellido: «La primera o no suena como la clara y neta vocal castellana, sino de una manera que participaría de la *o* y de la *u*». Se fija en los obreros que «marchan con la frente altiva», en la actividad y la cultura de la burguesía y en la belleza de las mujeres que es del linaje «que incluye plásticos himnos de vitalidad». Adivinando la adusta mole de Montjuich desde el fondo de las Ramblas, acude a su recuerdo la imagen de Ferrer i Guardia, «infortunado y mediocre agitador a quien tan deplorable torpeza política dió universal aureola de mártir». Admira el cosmopolitismo de la Rambla de las Flores («paso ante dos o tres escaparates atestados de libros franceses») y se siente ufano del criollismo cuando descubre en plena Rambla del Centro un local rotulado el *Cabaret-Tango*.

Espoleado por la escasez de tiempo de que dispone, no cesa de callejear. Prefiere la Barcelona que han dejado los siglos, la medieval especialmente, a los barrios modernos, el *Ensanche,* pese a que sus conocidos barceloneses se afanan para que lo conozca y admire. En compañía de Vehils visita la Casa Consistorial, la Lonja y la Catedral, recorridos en los que se cree «transportado por encanto a los días de Roger de Flor y de las luchas en guerra con turcos y con moros». La Barcelona medieval ha fascinado al viajero uruguayo.

No obstante sus detenidas visitas al Archivo de la Corona de Aragón y al Instituto de Estudios Catalanes («guardo de mi visita a este centro de cultura la más grata y duradera impresión»), saca tiempo para admirar la Barcelona moderna, «soberbia y bella», a la caída de las tardes, «mirando de la altura de Vallvidriera o del Tibidabo», o sorprenderse, no con total aquiescencia, del «ultramodernismo plástico» de la Sagrada Familia o del Palau de la Música Catalana, que Rodó llama con acierto y en atención a Lluis Millet, «la sala de conciertos del *Orfeó Catalá*». Por la escasa atención que le presta y por algún muy lacónico comentario, la arquitectura del *Modernisme* le parece poco más que una tentativa de fondo interesante.

Lo que ha cautivado su atención de la Barcelona moderna no es la arrogancia monumental, ni los esplendores de las calles, «sino aquellas cosas de modesta apariencia, que dan testimonio de la actividad espiritual de las generaciones vivas». Discrepa de su gran amigo Miguel de Unamuno sobre la característica «fachadosa» de la ciudad, porque detrás de las cuidadas fachadas, «veo yo, en la casa de los catalanes, el fondo: veo una artística sala, una copiosa biblioteca, un confortable comedor, unos frondosos y

bien cultivados jardines. Veo, en suma, aquella entidad que es la raíz de todas las grandezas y el secreto de todos los triunfos: la energía». La energía es el rasgo que de modo más pertinente retrata a la ciudad: energía que se dibuja en el poderoso aliento del trabajo o en la infatigable imaginación creadora. Energía que se proyecta en el nacionalismo catalán, a cuyo análisis e interpretación Rodó dedicó dos crónicas de su habitual colaboración para *Caras y caretas*.

Rodó forja para estas crónicas un interlocutor ideal —aglutinando las informaciones obtenidas en sus conversaciones con Ventosa y Calvell con la opinión de los anónimos, las charlas en los cafés, lo que dicen los diarios, la ojeada a algún folleto, etc.— en el que se atreve «a esperar que quedará fielmente reflejado el sentido común del catalanismo». Este sentido común se compone de varios principios doctrinales, de los cuales el primero es que Cataluña es una nacionalidad: «una unidad histórica, étnica, viviente; una unidad espiritual, creadora de un idioma y de un derecho, inspiradora de un arte, que atestiguan las obras de sus arquitectos y de sus poetas». El segundo tiene un carácter histórico: Rodó y su interlocutor ideal creen que en la fragua del nacionalismo catalán fue un momento clave la crisis de fin de siglo; de allí arranca lo que el interlocutor ideal denomina «una conciencia nacional en acción». El tercer principio básico es la lengua: «Bien sabe usted —le dice el interlocutor ficticio— que no es el idioma una forma vana, una cáscara caediza. Es la fisonomía del genio colectivo». El diálogo entre Rodó y su interlocutor es detallado, advirtiéndose al paso lo bien que ha observado el peso de la filosofía de Taine en la urdidumbre ideológica del nacionalismo catalán (algo similar creía el mejor conocedor de la intrahistoria catalana de comienzos de siglo, Josep Pla).

En la perspectiva de futuro las meditaciones del escritor uruguayo son apasionantes, más si cabe por esta formuladas en el límite del orteguiano «Bajo el arco en ruinas». Rodó ha creído entender que el movimiento catalanista no se detiene en la órbita de sus intereses autonómicos, aspira al ascendiente nacional; visiblemente influido por la personalidad de Cambó (a quien no pudo conocer personalmente) subraya el papel conductor de Cataluña hacia el *status* de la modernidad en una nueva España. Por ello apela a la concordia de Cataluña y España, pidiendo a los catalanes el equilibrio del entusiasmo «con una reflexiva abnegación. Mantened, amad la patria chica, pero amarla dentro de la grande», mientras que al resto de los españoles (Castilla como núcleo) les exige la destrucción del férreo centralismo y la mirada dialogante con las aspiraciones catalanas: «Mirad que en su misma altiva aspiración de predominio hay un fondo de razón y justicia, porque pocas como ella ayudarían tan eficaz-

mente a infundir, para las auroras del futuro, hierro en la sangre y fósforo en los sesos de España». Las observaciones que Rodó cierra en septiembre de 1916 tendían un arco hacia el futuro: la energía de la nacionalidad catalana debía contribuir a forjar el camino hacia otra España, siempre dentro del marco horaciano *est modus in rebus*.

El viajero Rodó abandona Barcelona camino de Italia en plena canícula: Génova, Pisa, Florencia, Bolonia, Milán, Turín, Roma, Nápoles y Palermo son diferentes escalas de su viaje hacia la muerte, anunciada por la imperturbable constancia de la enfermedad que no le abandona. Las notas de viaje son premonitorias. Recordando la visita que acaba de realizar a la Gruta Azul de Capri, escribe en marzo de 1917: «Debo esperar el momento de salir, tendido en el fondo de la barca, en la actitud de un cadáver en su féretro».

Rodó fallece el primero de mayo de 1917 en el hospital de San Severio de Palermo: «Se n'ha anat a morir, com li esqueia, a la mateixa terra inmortal de Pitàgoras», escribía Eugeni D'Ors en el *Glosari* correspondiente al ejemplar de *La Veu de Catalunya* del 31 de mayo. Juan Ramón Jiménez le invitaría a ingresar, por esos mismos días, en esa joya del retrato que es su *Españoles de tres mundos*. Recuerda el poeta de Moguer su encuentro madrileño de agosto de 1916 con su ya juvenilmente admirado José Enrique Rodó: «¡Sí, qué estúpidamente ajeno yo de aquel breve encuentro suyo y mío era conocimiento de presencia rápido y despedida final; de que aquel transeúnte mejor, fuerte y sano, aquel maestro altivo y generoso, cumpliendo su destino inexorable, iba derecho, de prisa por mi España, a encontrarse, en la Italia ideal, camino de Grecia, con la muerte!».

Adolfo Sotelo Vázquez

Bibliografía

SARMIENTO, DOMINGO F., *Viajes*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1981.

UNAMUNO, MIGUEL, *Letras Hispanoamericanas* (1894-1924), *Obras Completas* (ed. M. García Blanco), Madrid, Afrodisio Aguado, 1958; tomo VIII.

DARÍO, RUBÉN, *España Contemporánea* (prólogo de Antonio Vilanova), Barcelona, Lumen, 1987.

DARÍO, RUBÉN, *Autobiografía, Obras Completas*, Madrid, Mundo Latino, s.a.; tomo XV.

OLIVER, ANTONIO, *Este otro Rubén Darío*, Barcelona, Aedos, 1960.

OLIVER, MIGUEL, S., «Rubén Darío» (1912), *Hojas del sábado, II. Revisiones y Centenarios*, Barcelona, Gustavo Gili, 1919.

SAGARRA, JOSEP M., *Memòries*, Barcelona, Edicions 62, 1981.

BAYO, CIRO, *Lazarillo español*, Madrid, Espasa Calpe (Austral), 1952.

BAROJA, PÍO, *Memorias. Desde la última vuelta del camino, Obras Completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1978; tomo VI.

BAROJA, RICARDO, *Gente del 98* (ed. Pío Caro Baroja), Madrid, Cátedra, 1989.

RODÓ, JOSÉ ENRIQUE, *El camino de Paros, Obras Completas* (ed. Emir Rodríguez Monegal), Madrid, Aguilar, 1957.

GARCÍA CALDERÓN, FRANCISCO, *Profesores de idealismo*, París, Ollendorff, s.a.

JIMÉNEZ, JUAN RAMÓN, *Españoles de tres mundos* (ed. Ricardo Gullón), Madrid, Alianza, 1987.